



ALEJANDRO COHEN
Si el oficio bastara...

RESEÑA

La belleza de una nariz

□ "Cyrano de Bergerac", espectáculo que agrada a pesar de sus limitaciones

La iniciativa de presentar dos obras en repertorio, en sí positiva, se ve además realizada por resultados superiores al término medio de la compañía del Antonio Varas. En *La casa de Bernarda Alba* se debió a la audacia de la dirección de Abel Carrizo; en el de *Cyrano de Bergerac*, a que Hernán Letelier elaboró un vistoso espectáculo que bien puede alcanzar una buena acogida del público.

Sin embargo, la obra de Edmond Rostand (1868-1918) interesa donde debiera conmover, impresiona donde debiera emocionar, y no se puede estimar plenamente lograda. Estrenada en 1897, romántica en su espíritu, tiene su base en la vida de Savinien de Cyrano de Bergerac (1619-55), y sobrevive, ante todo, por la fuerza de aquel protagonista de la descomunal nariz.

En palabras del director, "es una mezcla de Pierrot enamorado de la Luna, de

Quijote inventándose molinos de viento y de Polichinela fanfarrón y retórico". A la vez tierno y bravucón, sincero y rimbombante, contrastan en él la fealdad externa con la hermosura interior de sus sentimientos. Las frustraciones derivadas de su narizota, las compensa con una constante agresividad.

Sufre en silencio mientras expresa su amor por Roxana a través de las cartas que le escribe al bien parecido Cristián, para que ella las reciba como provenientes del galán. Y ella, sin darse cuenta, está más enamorada de las hermosas palabras y sentimientos de Cyrano que del físico del joven cadete gascón.

Hay escenas logradas. Por ejemplo, aquella en que Cristián (Jaime Azócar) se angustia, poco antes de morir en la batalla, por no saber si Roxana está enamorada de él o de su "alma" (las cartas de Cyrano). Pero se desaprovechó el primer acto, con su vivaz cuadro casi costumbrista de lo que era el ambiente de una representación teatral en el siglo XVII. Además, en la escena cumbre (el duelo) se pierden los versos que compone Cyrano en forma paralela a sus estocadas.

En esta como otras escenas, se sentía la falta de un coreógrafo, y una planta de movimientos más imaginativa. Hubo una buena combinación del colorido del vestuario, con un decorado sobrio y funcional; pero en la utilización de la música incidental se cometió el craso error de subirla, tal como en el mal cine cuando las escenas románticas son recobradas por un conjunto invisible de violines. Este recurso —tanto en la romántica escena del balcón como en aquella de la muerte de Cyrano— no es más que una redundancia machacona.

El caso de Alejandro Cohen, como actor, preocupa. Inteligente, físicamente bien dotado, con considerable dominio de herramientas, como la voz y expresión corporal, reúne grandes condiciones. Su Cyrano es sin duda un trabajo digno de todo respeto, pero le falta algo esencial: proyectar debidamente la tremenda carga emocional del personaje. Sobre todo, en la interminable escena final de su muerte donde, entre el actor y el director, se hace predominar lo rimbombante por sobre la gran carga de emotiva sinceridad del momento.

A Myriam Thorud no se le puede culpar por las limitaciones de su Roxana. Es un personaje que ya está fuera de su registro y que jamás se le debió asignar.

En el resto del elenco se dieron los altibajos propios del teatro de la Universidad de Chile que, a pesar de fallas como las señaladas, denota cierto progreso con este espectáculo.

H.E.

ESTRENOS

Sonata de otoño

("Herbatsónate")
Director: Ingmar Bergman
Con Liv Ullmann e Ingrid Bergman
Suecia, 1978. Mayores de 18.

Muchas veces se oye hablar de Ingmar Bergman como un cineasta eminentemente intelectual, apreciación que es parcialmente cierta. Sin embargo, *Sonata*



JUEGOS FREUDIANOS
Ingrid Bergman y Liv Ullmann

ERCILLA, 22 agosto 1979

Nº 2299
1979